Borges

cada día escribe mejor



ESCRIBEN

José Saramago
Juan Gelman
Noé Jitrik
Carlos Polimeni
Mario Wainfeld
María Esther Vázquez
Ana María Shua

OPINAN

Italo Calvino
Martin Amis
Norman Mailer
Umberto Eco
Fernando Savater
Harold Bloom
Ernesto Sabato
Tomás Eloy Martínez
Ricardo Piglia
Beatriz Sarlo
Andrés Rivera
María Kodama
Evelyn Fishburn
David Viñas
John King
Anthony Burgess
Mario Vargas Llosa
Susan Sontag
George Steiner
Ian McEwan
John Updike

24 DE AGOSTO
CIEN AÑOS



ITALO CALVINO: "Borges es un maestro del escribir breve. Consigue condensar en textos siempre de poquísimas páginas una riqueza extraordinaria de sugestiones poéticas y de pensamiento: hechos narrados o sugeridos, aperturas vertiginosas sobre el infinito, e ideas, ideas, ideas".



MARTIN AMIS: "La genialidad de Borges me deja sin palabras. Es extraordinaria su manera de confrontar el terror de lo interminable con lo transitorio. Y aunque podría decirse que tiene la vena de ficción de otros autores sudamericanos, para mí, el argentino es, claramente, como un escritor de otro planeta".



NORMAN MAILER: "Un tipo de grandes escritores que uno respeta mucho son aquellos que nos dicen: 'No vayan en esa dirección, porque yo ya lo hice'. Es el caso de Borges. El nos dice: 'Hagan lo que puedan hacer y no se vuelvan demasiado imaginativos. Yo puedo ocuparme de eso".

¿Cuál?

"Su certeza era la duda infinita, el poderío de la ola cada vez más lejos hacia la nada.
Textos exactos como diamantes mentales intercalados entre un esquina de arrabal y un versículo de la Cábala, porque las cosas en el fondo de la ceguera ya casi no pertenecen al mundo sino al lujo mental."

Enrique Molina
1987



POR CARLOS POLIMENI

Existen docenas de Jorge Luis Borges: cada cosa es según el cristal con que se la mire. Más de siete décadas de vida pública –nació cuando expiraba el siglo XIX, tradujo un cuento de Oscar Wilde antes de los festejos del centenario de la Revolución de Mayo, publicó por primera vez cuando Stalin estaba por suceder a Lenin, murió mientras en México la Selección iba por su segundo título mundial de fútbol– lo convirtieron en un blanco fácil de todos los puntos de vista posibles. Entonces, hay Borges para tirar para arriba. Hay un Borges derechoso, rehén de *La Nación* y *Gente*, y hay un Borges defendido por los progres, luego de sus valentías últimas, al final de la dictadura, antes y después de Malvinas. Hay un Borges conservador y hay un Borges subversivo. Hay un Borges tanguero y un Borges gauchesco.

> **IDEA:** Este suplemento intenta dar cuenta de las docenas de Borges que habitan en Borges, bajo la certeza de que la unanimidad lo aterrorizaba, como buen irreverente que era.

Hay un Borges canónico y canonizado y un Borges sectario e irreverente. Un Borges mujeriego y otro impotente. Uno tímido y edípico atado a su madre y otro liberado de cualquier atadura mental.

Un Borges argentino y un Borges antiargentino. Un Borges profundamente sabio y otro patéticamente errático. Un Borges intelectual y un Borges antiintelectual. Un Borges alumno y un Borges profesor. Un Borges moneda, un Borges estampilla. Un Borges siempre asombrado, uno de vuelta de todo. Un Borges en castellano y otro en inglés. Un Borges de Forja, uno simpatizante del Partido Militar. Un Borges antiguo, otro que cada día escribe mejor. Un Borges yrigoyenista y un Borges del Partido Demócrata Popular. Un Borges simplificado por los profesores, otro Borges complicado por los críticos. Un Borges para Principiantes, un Borges para graduados en Borges. Un Borges reunido con Videla, un Borges conmovido por una Madre de Plaza de Mayo. Un Borges monolítico, un Borges rompecabezas. Un Borges escritor de escritores, un Borges para todo público. Un Borges más famoso que su obra, una obra que supera a Borges. Un Borges ciego, un Borges luminoso. Un Borges superhéroe, un Borges demasiado humano. Un Borges seguro, un Borges arrepentido. Un Borges antiperonista. Un Borges puerta de entrada a la literatura mundial, un Borges recluido en el ombligo de su universo. Uno que deleita, uno que aburre. Uno avispado, otro chambón. Un Borges que hace un culto del valor, un Borges cobarde. Un Borges enamorado, otro condenado a la soledad. Un Borges profundo, un Borges de anécdota. Uno místico y otro agnóstico. Un Borges narrador, un Borges poeta. Un Borges inalcanzable, un Borges de posters de Todo x 2 pesos. Un Borges Billiken, un Borges The New York Times. Un Borges multicolor, uno que sólo veía el amarillo. Un Borges santo, un Borges canalla.

Podría continuarse así hasta el infinito (que acaso sea una invención de Borges). Después de todo, fue él quien propuso el juego de las dualidades, en "Borges y yo", cuando pensó en sí mismo como al menos dos personas, que en el espejo se veían una. Uno de sus Borges era un escritor famoso, un poco asombrado de eso, pero orgulloso, viajero y con respuestas para casi todo. El otro, un hombre apocado e íntimo, dotado de un poderoso poder de observación, que amaba los mapas, las cosas viejas, los hexámetros, la Cábala, los relojes de arena, las etimologías, el sabor del café, la prosa de Stevenson, los poemas de Whitman, los tigres, las simetrías, los sueños, las ciudades, un Buenos Aires que había perdido de vista, pero que recordaba de memoria, como la biblioteca de su padre (que también se quedó ciego, que también escribía, que también hubiese querido ser un militar honrado). ¿Cuál Borges escribió: "Estoy tratando de sobornarte con mi fracaso", "Me duele una mujer en todo el cuerpo", "Nadie es la patria", "No nos une el amor, sino el espanto, será por eso que la quiero tanto", "He cometido el peor de los pecados; no he sido feliz" o "Dios es la máxima invención de la literatura fantástica", sintiéndose inferior a Carlyle, a De Quincey, a Wilde, a Kafka, sin serlo? Ahí están para demostrar que fue el segundo –que era más importante que el primero, hoy puede asegurarse– esperando la primera o la última o la quincuagésima o la segunda lectura, "El Aleph", "Hombre de la esquina rosada", "Emma Zunz", "Las ruinas circulares", "El inmortal", "El muerto" y una serie de poemas notables, que pueden abordarse al azar y que, de una manera u otra, pueden cambiarte la vida. Si estás preparado. Si no, Borges es uno más: palabras bien combinadas, ideas complejas, letras que pasan, el vago recuerdo de una lectura escolar, un amor perdido que ya no puede lastimar, la imagen de un ciego ante el mar de la nada. Hoy, para todo el mundo, Borges es un escritor que nació en la Argentina (pero eligió ser enterrado en Suiza). Dentro de cinco siglos será uno de los pocos escritores del siglo XX que seguirán siendo leídos, como hoy se lee a Cervantes, Shakespeare o Quevedo, y acaso la Argentina sea apenas el país donde nació Borges.

Este suplemento, que se publica a cien años del día de su nacimiento –bebé de ojos claros predestinado a la ceguera– intenta dar cuenta de las docenas de Borges que habitan en Borges, bajo la certeza de que la unanimidad lo aterrorizaba, como buen irreverente que era. "Espero ser juzgado por lo que he escrito, no por lo que he dicho o me han hecho decir", dijo cierta vez aquel abuelo sin nietos, arrepentido de muchas cosas, no de haber sido feliz escribiendo, que le parecía el resultado concreto de los sueños. Entre tantas cosas que agotan, Borges miraba el mundo así hacia su final, que llegó casi pisando el día de los dos goles de Diego Maradona a los ingleses:

* "No soy un pensador. Me creo un hombre bueno, y acaso uno santo. Lo cual es prueba suficiente de que en realidad no lo soy".
* "Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, por un instante, en el paraíso. No hay poeta por mediocre que sea, que no haya escrito el mejor verso de la literatura, pero también los más desdichados. La belleza no es patrimonio de unos cuantos ilustres".

¿No te dan ganas de abrazarlo, haciendo caso omiso de ese olor a naftalina en que lo envuelven los homenajes oficiales, de ayudarlo a escapar del bronce que detestaba, del lugar de los profesionales de la fama?♣



UMBERTO ECO: "Recuerdo que tenía 22 o 23 años cuando se publicó *Ficciones*. Vino un poeta italiano y me dijo: 'Lea este libro. Es de un argentino que nadie conoce aquí'. Me enloqueció. Me pasaba noches y noches leyéndoselo a mis amigos. Me reconocí de inmediato en Borges. Fue un amor a primera vista".



FERNANDO SAVATER: "Su confinamiento en la literatura no lo aleja de esa confusa abstracción, la 'realidad'. Por el contrario, lo sitúa en el corazón, en la realidad de la realidad. Haber advertido que el discurso es la realidad de la realidad lo hacen el más moderno, el que sacó mejor partido de aparecer después de los otros ".



HAROLD BLOOM (crítico estadounidense, autor de *El canon occidental*): "Maestro de laberintos y de espejos, fue un profundo estudioso de la influencia literaria, y como escéptico más interesado por la literatura de imaginación que por la religión o la filosofía, enseñó a leer las especulaciones, ante todo, por su valor estético".

Borges y él mismo

POR JUAN GELMAN

Ese texto antológico que se titula "Borges y yo" es una coquetería: propone que él es otro que Borges, el escritor de fama, el otro que él, cuando en verdad es lo más profundo de sí mismo. Eso que nadie ve, ni él mismo ve, y sólo aparece en su escritura. Dentro de lo que permite la palabra humana.

⁂

Es oscura la trama que enlaza a un escritor con su obra. Ocurre en todos los órdenes y aun en el político. ¿Cómo se explica la materia que une –o ata– al médico de pobres que fue Louis-Ferdinand Céline, autor de esa espléndida novela que llamó *Viaje al fin de la noche* (1932) –por su anticapitalismo sombrío y duro fue aclamada como propia por la izquierda francesa–, con el colaboracionista nazi y redactor de rabiosos panfletos que decían: "Los judíos deben desaparecer. ¡Racismo mil veces! ¡Racismo al grado extremo! ¡Desinfección! ¡Higiene!?" ¿Cómo se explica que ese gran poeta estadounidense que fue Ezra Pound escribiera centenares de artículos profascistas y hablara en plena guerra mundial por Radio Roma contra su propio país y a favor de Mussolini, lo considerara "un nuevo Confucio", y a Hitler, "un santo como Juana de Arco"? Hemingway confesó varias veces que aprendió más "cómo escribir y cómo no escribir de Pound que de cualquier otro infeliz vivo". ¿Quiere decir que una escritura transmite algo más que ideología? ¿La palabra crea un mundo propio? ¿Es lo mismo decir "ser o no ser" que "existir o no existir"?

⁂

Borges se dejó condecorar por Pinochet. Profirió que en España todo iba mejor con Franco y que a Jimmy Carter había que asestarle un golpe de Estado por su política de derechos humanos. Definió a Videla y demás militares de la Junta como perfectos caballeros. Cuando supo qué hacían esos "caballeros", puso su nombre al pie de la primera solicitada de las Madres de Plaza de Mayo que se publicó en el país, en 1981, reclamando por los desaparecidos. El, que se tildaba de cobarde, tuvo el coraje intelectual de confirmar públicamente que había firmado esa demanda a un locutor más presunto que agente de los servicios. Se ha reprochado a Borges que sólo creyera en las atrocidades de la dictadura cuando se las contó una señora de la clase alta a quien le habían secuestrado la hija. Me pregunto cuántos miles de argentinos de la clase media admitieron esas atrocidades –mil veces denunciadas por los organismos de derechos humanos– sólo cuando las contó Scilingo. También en esto Borges conoció la soledad: no sé de otro "valiente" intelectual argentino que haya asumido públicamente su complicidad con la dictadura militar. El cobarde Borges lo hizo.

⁂

Bajo Perón, la hermana Norah pasó un mes en la cárcel, la madre Leonor otro tanto de arresto domiciliario y Borges fue trasladado de su puesto en una biblioteca municipal de Almagro al de inspector de gallineros en los mercados. Pero su cortante antiperonismo reconocía además otras raíces. "Lo escandalizaba la vulgaridad vociferante del peronismo –explica su íntima amiga Estela Canto en ese estupendo relato titulado 'Borges a contraluz'–. Nunca pensó en el pueblo, silenciado por una clase alta vanidosa y tonta." Agrega: "Nunca entendió (el peronismo, el de entonces, no el de hoy), y –lo que es más– nunca quiso entender, como si entender fuera un modo de aprobar". A Borges, que en su juventud escribió una loa a la Revolución Rusa, fue levemente anarquista, luego yrigoyenista, y terminó afiliándose al Partido Conservador, no le interesaba la política. En realidad, "no dejaba que la realidad lo estorbara", como dijo de Macedonio Fernández. En estas tierras crueles, imaginó otros cosmos. Tal vez compartía la suerte de Georg Lichtenberg: gran parte de su tragedia consistió en "no vivir sólo en este mundo, sino en sus posibles desarrollos", en padecer un "yo dividido" que le prohibía "el ingreso a los estados puros de la sensualidad o el pensamiento".

⁂

Borges es inasible, ambiguo, contradictorio. En un mismo texto ("Fragmentos de un Evangelio apócrifo") dice: "Bienvenidos los que padecen persecución por causa de la justicia, porque les importa más la justicia que su destino humano". Y también dice: "Bienaventurados los que no tienen hambre de justicia, porque saben que nuestra suerte, adversa o piadosa, es obra del azar, que es inescrutable". Ese azar es, para Borges, fatalidad, hado, destino, lo que empuja al protagonista de "El Sur" a ir a su muerte, inevitable en virtud de una situación que lo maneja. La realidad no es pasible de modificación alguna para este agnóstico, salvo en los textos en que la reinventa. Quizá fue su manera de cambiarla. El prefería un mundo anónimo, sin nombres propios, sin nacionalismos, sin guerras –"esa guarangada"–, sin pobres ni ricos, sin éxito ni fracaso, "donde la obra artística tendría que perecer con quien la ha hecho". En *El jardín de los senderos que se bifurcan* desaparece el presente. Bajo un bosque de símbolos –el laberinto, el espejo, la rosa, los guapos o anglosajones de valor gratuito–, late en su escritura un desamparo que no cesa. La intemperie es su emoción más genuina.

> **DATO:** Prefería un mundo anónimo, sin nombres propios, sin nacionalismos, sin guerras –"esa guarangada"–, sin pobres ni ricos, sin éxito ni fracaso, "donde la obra artística tendría que perecer con quien la ha hecho".

⁂

Borges dijo que un hombre es todos los hombres y –contradicción otra vez– que cada ser humano es único y no reemplazable. Borges es único y no reemplazable. Cierra con vivo resplandor varios siglos de literatura en castellano y no deja descendencia. Se le podría aplicar lo que él mismo afirmó de Enrique Banchs: "Ha cometido un error. Y es que su obra es simplemente perfecta, pero no ha modificado la literatura. Si se perdiera la poesía de Banchs, perderíamos algo precioso; pero no perderíamos discípulos o generaciones sucesivas". Puede que Borges sea el último ejemplar de una especie en extinción: la del humanista liberal. Duros son los tiempos y no asoma ningún Dante.

⁂

Borges fue argentino por pura voluntad y alcanzó una fama mundial que no se propuso. De su argentinidad de superficie quedan unos versos patrióticos y, entre otros textos, *El hombre de la esquina rosada*, un cuento que después juzgó una especie de ópera muy desagradable. De su argentinidad profunda deben haber nacido la necesidad de fuga de la antropofagia local, la invención de mundos ilógicos y aun probables, el delirio de la biblioteca universal, el tiempo fuera del tiempo, la sensación de que todos somos soñados. Porque si no, ¿cómo es posible la vida que vivimos? Borges buscó infatigablemente la respuesta a esa pregunta y es de suponer que nunca la halló. Por fortuna, conoció en Ginebra la felicidad de sus años últimos. Se la reprocharon con exasperación algunos "buenos argentinos" que hoy toman la repatriación de sus restos como una empresa de bandera azul y blanca. "No sé cómo desoyeron un deseo explícito de Lugones: que no se diera su nombre a ninguna calle", dijo Borges al conocer que el camino Buenos Aires-Tigre cercano a la Costanera había sido bautizado Avenida Lugones. Borges quiso morir y ser enterrado en Ginebra, "una de sus patrias". No sé por qué desoyen su deseo y quieren corregir al muerto como si no estuviera vivo.

⁂

Borges pensó que las víctimas eran cómplices de los victimarios, forzosas pero con goce de su suerte. Eso se percibe en "El otro duelo". ¿Explicó allí la relación que tuvo con su madre, la imperiosa y eficaz Leonor Acevedo? Tal vez. De cualquier modo, ese relato empieza así: "Hace ya tantos años que Carlos Reyles, hijo del novelista, me refirió la historia en Adrogué, en un atardecer de verano. En mi recuerdo se confunde ahora la larga crónica de un odio y su trágico fin con el olor medicinal de los eucaliptus y la voz de los pájaros". Ese "olor medicinal" despierta mundos de la infancia y el cuento entra al lector. Como Borges dijo del *Martín Fierro*: a Hernández le salieron "muchas cosas más allá de su voluntad. Así debe ocurrir en toda obra literaria, que tiene que existir más allá de lo que se propone el autor". Es chocante la idea de que una víctima pueda ser cómplice de su verdugo. Pero el olor medicinal de los eucaliptus está encarnado en la memoria de la sangre.

⁂

Borges pensaba que nuestra ignorancia permite muchas invenciones. "Si supiéramos con certidumbre qué ocurre después de la muerte –dijo–, casi toda la poesía humana quedaría invalidada." Y todo arte humano. Creo que él sabía que su literatura, cualquier literatura, es un acto contra la muerte en tanto que ensayo de representación de lo irrepresentable, de lo que no admite nombre que lo pueda nombrar. El fulgor de la palabra se encuentra ahí con su fracaso. Quizás el amor de Borges por las *Mil y una noches* tuvo esa progenie. Al igual que Scheherazade, él imaginaba cómo detener a la muerte.♣



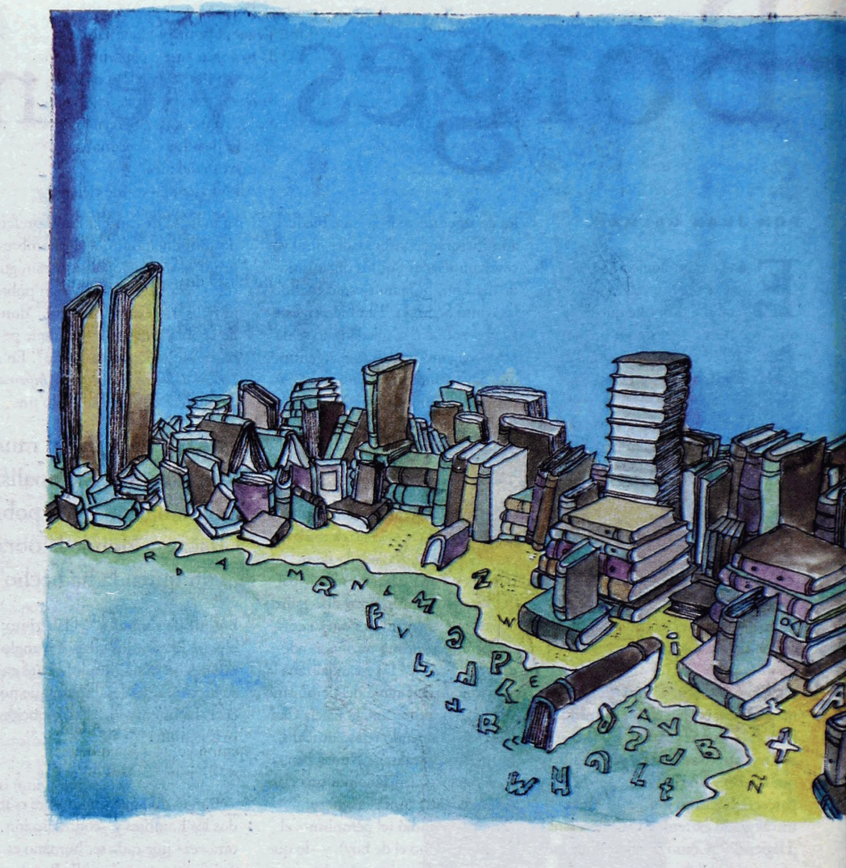
ERNESTO SABATO "Cuando yo era muchacho, en años que ya nos parecen pertenecer a una especie de sueño, versos suyos me ayudaron a descubrir melancólicas bellezas de Buenos Aires; en viejas calles de barrio, en rejas y aljibes, hasta en la modesta magia que la tardecita puede contemplarse en algún charco de las afueras".



TOMÁS ELOY MARTÍNEZ "Cuando empecé a leerlo en la adolescencia, lo que me deslumbraba eran los infinitos movimientos de la identidad, en que había algunos ecos de Poe. Por primera vez desde el Siglo de Oro, la lengua encontraba en los austeros textos de aquel argentino la grandeza que habían disipado los escritores regionalistas."



RICARDO PIGLIA "Creo que la hipótesis de que la obra de Jorge Luis Borges cierra el siglo XIX es correcta. Tomada en su conjunto, la obra de Borges es una especie de diálogo muy sutil con las líneas centrales de la literatura argentina del siglo XIX. Me parece que a sus grandes textos hay que leerlos en ese contexto".



Una ventana a

POR JOSÉ SARAMAGO

El cuadro de Magritte que representa una manzana y que debajo dice: "Esto no es una manzana", se puede vincular con esta conferencia. La verdad es que Magritte tiene razón: aquello no es una manzana porque es simplemente la representación de una manzana. Yo diría que esto no es una conferencia sino la representación de una conferencia bocetada en unos cuantos apuntes. Al final espero poder llamar conferencia a estos apuntes.

Llamé a esto "Algunas pruebas de la existencia real de Herbert Quain" de una forma un poco atrevida y riesgosa. Es el título que le he dado a algo que todavía no existe, que es sólo un intento. Tanto Pierre Menard como Herbert Quain parecen no existir. ¿Alguien ha visto alguna vez a Quain, que según se cree es irlandés, aunque sin ninguna seguridad? Nadie podrá decir: "Yo lo conocí, yo lo encontré en alguna enciclopedia". Es cierto que en los archivos no aparece, pero, si no existiera, Borges no podría haber hablado de él. Y no sólo habla de él como afirma haber leído uno de sus libros. No sé si María Kodama, ordenando la biblioteca de Borges, ha encontrado *El dios del laberinto*, de Herbert Quain. Si eso hubiese ocurrido, me debería haber dicho: "No te canses porque acá está el libro".

Luego del artículo sobre Quain, "Examen de la obra de Herbert Quain" (*Ficciones*, 1941), Borges no volvió al tema. Nos ha dicho que ha muerto en un pueblo que se llama Roscommon y esto plantea un nuevo problema porque en el mundo hay dos pueblos que se llaman así: uno en Irlanda y otro en Estados Unidos. Claro que la hipótesis más corriente es que la muerte fue en Irlanda, pero hay tantos irlandeses en Estados Unidos que Herbert Quain, irlandés, podría haber ido a vivir a Estados Unidos y quedarse allá.

Según Borges, salvo en el *Times* y *The Spectator*, ningún artículo se publicó a su muerte. Por lo tanto, todo da para pensar que Borges, que ya había inventado a Pierre Menard, ha inventado a Herbert Quain. La invención de Pierre Menard ocurrió en 1939 y en 1941 Borges inventó a Herbert Quain. Entonces Borges nos engañó: sabemos que Menard no existe, luego parece que Herbert Quain tampoco existiría. Pero la verdad es que sí, y si no existió él, podemos tener por seguro que *The God of the Labyrinth* sí existió. No sabemos si lo ha escrito Herbert Quain o Borges haciendo de cuenta que era Herbert Quain. Lo que es seguro es que existió. La prueba es que en el año 1935, dos años después de su edición en 1933, por lo menos un ejemplar de ese libro apareció en un barco inglés llamado "Highland Brigade". Ocurrió que un poeta portugués llamado Ricardo Reis, que por otra parte tampoco existió, se embarcó a fines de 1935 en ese barco que iba a Inglaterra haciendo escala en Lisboa. Fue en la biblioteca del barco que Ricardo Reis encontró el libro firmado por un escritor llamado Herbert Quain. Esta es la primera prueba.

Borges nos ha acostumbrado a personajes y situaciones inventadas y la postura nuestra, en general, es: "Esto no lo creo, esto no es cierto, me está tomando el pelo", pero no podemos dudar de Ricardo Reis. Sobre todo porque Ricardo Reis, al desembarcar en Lisboa, se olvidó de devolver el libro a la biblioteca, cosa que a veces ocurre. Luego fue al hotel con sus maletas y entre sus cosas estaba el libro. Debo decir que Ricardo Reis, a pesar de haberlo intentado, no llegó nunca a terminar la lectura del libro. Por lo tanto no estoy en condiciones de decir más que lo que Borges ha dicho sobre el contenido del libro.

Les recuerdo a quienes han leído mi novela *El año de la muerte de Ricardo Reis* y les informo a quienes no la han leído, que Reis llega a Lisboa en un día de lluvia, un día gris, melancólico. Ya se sabe que los portugueses tenemos esa fama de melancólicos, sobre todo cuando llueve. Y eso es que le pasaba el día de su llegada: llovía. Como añadido debo decir que el "Highland Brigade" ha viajado muchas veces entre Buenos Aires y Lisboa y, si le prestamos atención a las casualidades de la vida, tenemos que llegar a la conclusión de que todas las cosas están relacionadas unas con otras. Lo que pasa es que no tenemos el hilo que las une y a veces no nos damos cuenta.

El libro existió porque Ricardo Reis lo encontró y se lo llevó al hotel. Ricardo Reis era médico, no sabemos de qué especialidad. Era monárquico y se fue a Brasil en 1919 y volvió a Lisboa después de la muerte de Fernando Pessoa. A mí me sorprende que Borges no haya escrito *El año de la muerte de Ricardo Reis* porque tenía todo para hacerlo. Incluso el hecho de que el libro de Herbert Quain estaba en el barco. Borges conocía a Ricardo Reis, quizá no tuviera la información necesaria sobre su vida, pero si no la tenía podría haberla inventado. Les leo de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, lo que tiene que ver con Herbert Quain: "Dejó la ventana abierta, fue a abrir la otra, y, en mangas de camisa, refrescado y con súbito vigor, empezó a abrir las maletas, lo ordenó todo en menos de media hora, pasó su contenido a los muebles, a los cajones de la cómoda, los zapatos en el cajón de los zapatos, los trajes en las perchas del armario, el maletín negro de médico en un fondo oscuro del armario, y los libros en un estante, lo poco que ha traído consigo, algún latinajo clásico que no leía regularmente, unos manoseados poetas ingleses, tres o cuatro autores brasileños, de portugueses no llegaba a la decena, y en medio de ellos encuentra a uno que pertenecía a la biblioteca de 'Highland Brigade', se había olvidado de devolverlo antes de desembarcar. A estas horas si el bibliotecario irlandés se ha dado cuenta de la falta, grandes y gravosas acusaciones recaerán sobre la lusitana patria, tierra de esclavos y ladrones, como dijo Byron y dirá O'Brien, estas mínimas causas locales suelen originar grandes y mundiales efectos, pero yo soy inocente, lo juro, fue un olvido y nada más. Puso el libro en la mesita de noche para acabar de leerlo cualquier día, cuando le apetezca, su título es *The God of the Labyrinth*;, su autor, Herbert Quain, irlandés también, por nada singular coincidencia, pero el nombre, ése sí, singularísimo, pues sin máximo error de pronunciación podría leerse, Quién, fíjese, Quain, Quién, escritor que no sólo no es desconocido porque alguien lo encontró en el 'Highland Brigade', ahora, si allá había sólo este ejemplar, ni eso, razón mayor para preguntarnos, Quién. El tedio del viaje y la sugestión del título lo habían atraído, un laberinto con un dios, qué dios sería, qué laberinto era, qué dios laberíntico, y al fin resultaría una simple novela policíaca, una vulgar historia de asesinato e investigación, el criminal y la víctima, a no ser que, al contrario, preexista la víctima al criminal, y finalmente el detective, los tres cómplices de la muerte, en verdad os diré que el lector de novelas policiales es el único y real superviviente de la historia que está leyendo, si no es que como superviviente único y real lee todo lector cualquier historia".

Un poco más adelante Ricardo Reis se va a la cama: "Tiene el libro en la mesita de luz, pasó los ojos por dos páginas sin mucha atención, parece que había ya tres motivos para el crimen, y cada uno de ellos era suficiente para acusar al sospechoso sobre quien conjuntamente convergían, pero dicho sospechoso, usando el derecho y cumpliendo el deber de colaborar con la Justicia, había sugerido que la verdadera razón en caso de haber sido él, realmente, el criminal, podría ser todavía una cuarta, o quinta, o sexta razones, igualmente suficientes, y que la explicación del



DUDA: "Yo tengo la duda, no sé si Borges escribió esto y yo lo copié. Este juego más parece de Borges y yo me siento una especie de infame plagiario."



ERNESTO SABATO “Cuando yo era muchacho, en años que ya nos parecen pertenecer a una especie de sueño, versos suyos me ayudaron a descubrir melancólicas bellezas de Buenos Aires; en viejas calles de barrio, en rejas y aljibes, hasta en la modesta magia que la tardecita puede contemplarse en algún charco de las afueras”.



TOMÁS ELOY MARTÍNEZ “Cuando empecé a leerlo en la adolescencia, lo que me deslumbraba eran los infinitos movimientos de la identidad, en que había algunos ecos de Poe. Por primera vez desde el Siglo de Oro, la lengua encontraba en los austeros textos de aquel argentino la grandeza que habían disipado los escritores regionalistas.”



RICARDO PIGLIA “Creo que la hipótesis de que la obra de Jorge Luis Borges cierra el siglo XIX es correcta. Tomada en su conjunto, la obra de Borges es una especie de diálogo muy sutil con las líneas centrales de la literatura argentina del siglo XIX. Me parece que a sus grandes textos hay que leerlos en ese contexto”.



BEATRIZ SARLO “Borges es un anarquista liberal, un relativista cuya producción central se materializó en un escenario político en el cual estaba fuertemente cuestionado el proyecto republicano. Ese relativismo está representado en sus ficciones por un efecto de incertidumbre –una suerte de verdad múltiple– que nunca se cierra”.



ANDRÉS RIVERA “Lo que importa en mi historia de narrador, una historia de aprendizajes lentos y tardíos, es que Borges me enseñó a usar con precisión, con economía, tal vez con puntualidad, el idioma de los argentinos. Es una tarea ardua que, a decir verdad, muy pocas veces cumplo en mi escritura, con justicia y sin reparos”.



MARÍA KODAMA “Borges siguió trabajando hasta el final y mantuvo la lucidez hasta el último momento de su vida. Siempre tuvo ganas de aprender y de escribir. Cuando llegamos a Ginebra, poco antes de morir, me dijo: ‘Mire, María, tenemos que estudiar algo. ¿Por qué no busca un profesor de japonés?’.”

Una ventana al mundo

POR JOSÉ SARAMAGO

El cuadro de Magritte que representa una manzana y que debajo dice: “Esto no es una manzana”, se puede vincular con esta conferencia. La verdad es que Magritte tiene razón: aquello no es una manzana porque es simplemente la representación de una manzana. Yo diría que esto no es una conferencia sino la representación de una conferencia bocetada en unos cuantos apuntes. Al final espero poder llamar conferencia a estos apuntes.

Llamé a esto “Algunas pruebas de la existencia real de Herbert Quain” de una forma un poco atrevida y riesgosa. Es el título que le he dado a algo que todavía no existe, que es sólo un intento. Tanto Pierre Menard como Herbert Quain parecen no existir. ¿Alguien ha visto alguna vez a Quain, que según se cree es irlandés, aunque sin ninguna seguridad? Nadie podrá decir: “Yo lo conocí, yo lo encontré en alguna enciclopedia”. Es cierto que en los archivos no aparece, pero, si no existiera, Borges no podría haber hablado de él. Y no sólo habla de él como afirma haber leído uno de sus libros. No sé si María Kodama, ordenando la biblioteca de Borges, ha encontrado *El dios del laberinto*, de Herbert Quain. Si eso hubiese ocurrido, me debería haber dicho: “No te canses porque acá está el libro”.

Luego del artículo sobre Quain, “Examen de la obra de Herbert Quain” (*Ficciones*, 1941), Borges no volvió al tema. Nos ha dicho que ha muerto en un pueblo que se llama Roscommon y esto plantea un nuevo problema porque en el mundo hay dos pueblos que se llaman así: uno en Irlanda y otro en Estados Unidos. Claro que la hipótesis más corriente es que la muerte fue en Irlanda, pero hay tantos irlandeses en Estados Unidos que Herbert Quain, irlandés, podría haber ido a vivir a Estados Unidos y quedarse allá.

Según Borges, salvo en el *Times* y *The Spectator*, ningún artículo se publicó a su muerte. Por lo tanto, todo da para pensar que Borges, que ya había inventado a Pierre Menard, ha inventado a Herbert Quain. La invención de Pierre Menard ocurrió en 1939 y en 1941 Borges inventó a Herbert Quain. Entonces Borges nos engañó: sabemos que Menard no existe, luego parece que Herbert Quain tampoco existiría. Pero la verdad es que sí, y si no existió él, podemos tener por seguro que *The God of the Labyrinth* sí existió. No sabemos si lo ha escrito Herbert Quain o Borges haciendo de cuenta que era Herbert Quain. Lo que es seguro es que existió. La prueba es que en el año 1935, dos años después de su edición en 1933, por lo menos un ejemplar de ese libro apareció en un barco inglés llamado “Highland Brigade”. Ocurrió que un poeta portugués llamado Ricardo Reis, que por otra parte tampoco existió, se embarcó a fines de 1935 en ese barco que iba a Inglaterra haciendo escala en Lisboa. Fue en la biblioteca del barco que Ricardo Reis encontró el libro firmado por un escritor llamado Herbert Quain. Esta es la primera prueba.

Borges nos ha acostumbrado a personajes y situaciones inventadas y la postura nuestra, en general, es: “Esto no lo creo, esto no es cierto, me está tomando el pelo”, pero no podemos dudar de Ricardo Reis. Sobre todo porque Ricardo Reis, al desembarcar en Lisboa, se olvidó de devolver el libro a la biblioteca, cosa que a veces ocurre. Luego fue al hotel con sus maletas y entre sus cosas estaba el libro. Debo decir que Ricardo Reis, a pesar de haberlo intentado, no llegó nunca a terminar la lectura del libro. Por lo tanto no estoy en condiciones de decir más que lo que Borges ha dicho sobre el contenido del libro.

Les recuerdo a quienes han leído mi novela *El año de la muerte de Ricardo Reis* y les informo a quienes no la han leído, que Reis llega a Lisboa en un día de lluvia, un día gris, melancólico. Ya se sabe que los portugueses tenemos esa fama de melancólicos, sobre todo cuando llueve. Y eso es que le pasaba el día de su llegada: llovía. Como añadido debo decir que el “Highland Brigade” ha viajado muchas veces entre Buenos Aires y Lisboa y, si le prestamos atención a las casualidades de la vida, tenemos que llegar a la conclusión de que todas las cosas están relacionadas unas con otras. Lo que pasa es que no tenemos el hilo que las une y a veces no nos damos cuenta.

El libro existió porque Ricardo Reis lo encontró y se lo llevó al hotel. Ricardo Reis era médico, no sabemos de qué especialidad. Era monárquico y se fue a Brasil en 1919 y volvió a Lisboa después de la muerte de Fernando Pessoa. A mí me sorprende que Borges no haya escrito *El año de la muerte de Ricardo Reis* porque tenía todo para hacerlo. Incluso el hecho de que el libro de Herbert Quain estaba en el barco. Borges conocía a Ricardo Reis, quizá no tuviera la información necesaria sobre su vida, pero si no la tenía podría haberla inventado. Les leo de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, lo que tiene que ver con Herbert Quain: “Dejó la ventana abierta, fue a abrir la otra, y, en mangas de camisa, refrescado y con súbito vigor, empezó a abrir las maletas, lo ordenó todo en menos de media hora, pasó su contenido a los muebles, a los cajones de la cómoda, los zapatos en el cajón de los zapatos, los trajes en las perchas del armario, el maletín negro de médico en un fondo oscuro del armario, y los libros en un estante, lo poco que ha traído consigo, algún latinajo clásico que no leía regularmente, unos manoseados poetas ingleses, tres o cuatro autores brasileños, de portugueses no llegaba a la decena, y en medio de ellos encuentra a uno que pertenecía a la biblioteca de ‘Highland Brigade’, se había olvidado de devolverlo antes de desembarcar. A



estas horas si el bibliotecario irlandés se ha dado cuenta de la falta, grandes y gravosas acusaciones recaerán sobre la lusitana patria, tierra de esclavos y ladrones, como dijo Byron y dirá O’Brien, estas mínimas causas locales suelen originar grandes y mundiales efectos, pero yo soy inocente, lo juro, fue un olvido y nada más. Puso el libro en la mesita de noche para acabar de leerlo cualquier día, cuando le apetezca, su título es *The God of the Labyrinth*;, su autor, Herbert Quain, irlandés también, por nada singular coincidencia, pero el nombre, ése sí, singularísimo, pues sin máximo error de pronunciación podría leerse, Quién, fíjese, Quain, Quién, escritor que no sólo no es desconocido porque alguien lo encontró en el ‘Highland Brigade’, ahora, si allá había sólo este ejem-

DUDA: “Yo tengo la duda, no sé si Borges escribió esto y yo lo copié. Este juego más parece de Borges y yo me siento una especie de infame plagiario.”

plar, ni eso, razón mayor para preguntarnos, Quién. El tedio del viaje y la sugestión del título lo habían atraído, un laberinto con un dios, qué dios sería, qué laberinto era, qué dios laberíntico, y al fin resultaría una simple novela policíaca, una vulgar historia de asesinato e investigación, el criminal y la víctima, a no ser que, al contrario, preexista la víctima al criminal, y finalmente el detective, los tres cómplices de la muerte, en verdad os diré que el lector de novelas policiales es el único y real superviviente de la historia que está leyendo, si no es que como superviviente único y real lee todo lector cualquier historia”.

Un poco más adelante Ricardo Reis se va a la cama: “Tiene el libro en la mesita de luz, pasó los ojos por dos páginas sin mucha atención, parece que había ya tres motivos para el crimen, y cada uno de ellos era suficiente para acusar al sospechoso sobre quien conjuntamente convergían, pero dicho sospechoso, usando el derecho y cumpliendo el deber de colaborar con la Justicia, había sugerido que la verdadera razón en caso de haber sido él, realmente, el criminal, podría ser todavía una cuarta, o quinta, o sexta razones, igualmente suficientes, y que la explicación del crimen, sus motivos, se encontrarían tal vez, sólo tal vez, en la articulación de todas estas razones, en su acción recíproca, en efecto de cada conjunto sobre los restantes conjuntos y, sobre todo, en la eventual y más que probable anulación o alteración de efectos por otros efectos, y cómo se había llegado al resultado final, la muerte, y aun así era preciso averiguar qué parte de responsabilidad cabría a la víctima, es decir, si ésta debería o no ser considerada, a efectos morales y legales, como una séptima y tal vez, pero sólo tal vez, definitiva razón. Se sentía reconfortado, la bolsa de agua le calentaba los pies; el cerebro funcionaba sin relación consciente con el exterior; la aridez de la lectura hacía que le pesaran los párpados. Cerró por un segundo los ojos y, cuando los abrió, allí estaba Fernando Pessoa sentado a los pies de la cama, como si estuviera visitando a un enfermo”.

Yo tengo la duda, no sé si Borges escribió esto y yo lo copié. Este juego más parece de Borges y yo me siento una especie de infame plagiario. Cabe aclarar que el espíritu de Pessoa no viene con una sábana blanca, no atraviesa las paredes, como cualquier mortal llama a la puerta y, si la abren, entra. Luego del encuentro con Pessoa, “Reis abrió *The God of the Labyrinth*, leyó página y media, se dio cuenta de que hablaban de dos jugadores de ajedrez, pero no llegó a la conclusión de si jugaban o charlaban; las letras se confundían ante sus ojos, dejó el libro. Más tarde retomó la lectura, se sentó en la silla donde había estado Fernando Pessoa, se tapó las piernas con la manta de la cama y empezó a leer comenzando por la primera página. El cuerpo, que fue encontrado por el primer jugador de ajedrez, ocupaba con los brazos abiertos las casillas de los peones del rey y de la reina, y las dos siguientes, en dirección del campo adversario”. (Una prueba más de que el libro *El dios del laberinto* existe.) No está en “Examen de la obra de Herbert Quain” de Jorge Luis Borges, pero queda hecha la prueba de que el libro contenía estas palabras. Por lo tanto una prueba irrefutable de la existencia de Herbert Quain y de su libro. Sigo leyendo: “Continuó la lectura, pero, antes incluso de llegar al punto donde había dejado la historia, empezó a sentir sueño. Se acostó, leyó aún dos páginas con esfuerzo, se quedó dormido en un claro del párrafo, cuando el segundo jugador reflexionaba sobre el destino del alfil”.

Ahora viene algo que tiene que ver conmigo porque entro en esta historia y aportando una prueba de la existencia real de Ricardo Reis. En busca de una chica de quien se cree enamorado, Reis va a Fátima en tren. En la estación de Mato de Miranda, la estación de mi pueblo, “Ricardo Reis bajó el cristal y vio una vieja descalza vestida de oscuro, abrazaba a un mozuelo flaco de unos trece años y le decía hijito, hijito mío. Estaban a la espera de que el tren se pusiera de nuevo en marcha para cruzar la vía”. Este chico de trece años soy yo. Probablemente Ricardo Reis no llevaba el libro en el tren, pero de todas formas hay una relación casi directa y visceral entre Borges, Herbert Quain, Ricardo Reis y yo. Al menos a mis trece años. Es cierto que yo no miré al señor del tren, que estaba mirando por la ventana, pero si él lo dice, yo podría haberlo visto. Además en ese tiempo yo no sabía quién era Ricardo Reis ni Fernando Pessoa, pero ahora lo sé todo, incluso que Herbert Quain existió.

Llega un momento en que Ricardo Reis tiene dudas: no sabe si continuar en Lisboa o volver a Brasil, tomar el “Highland Brigade” en su próximo viaje y restituir el libro a la biblioteca del barco. Pero eso no ocurre y empieza la Guerra Civil Española. Lidia, su sirvienta, tiene un hermano marino que es militante político de izquierda, un comunista para que quede todo dicho. En un momento están Ricardo y ella y Lidia le dice: “Mataron a dos mil en Badajoz”. “Para no pensar en los dos mil cadáveres que realmente son muchos, Ricardo Reis fue a su despacho y abrió una vez más *El dios del laberinto*. Iba a leer a partir de la marca que había dejado pero lo que leía no tenía sentido. Volvió al principio y empezó de nuevo el cuento de cómo fue encontrado el primer jugador de ajedrez.”

Al final el hermano de Lidia muere y en la novela se puede leer: “Fernando Pessoa está sentado a los pies de la cama; Ricardo Reis, en una silla; Fernando Pessoa tenía las manos sobre las rodillas, los dedos entrelazados, la cabeza baja. Sin moverse dijo, He venido para decirle que no volveremos a vernos, Por qué, Mi tiempo ha terminado, recuerda que le dije que sólo tenía para unos meses. Ricardo Reis se subió el nudo de la corbata, se levantó, se puso la chaqueta. Fue a la mesita de noche a buscar *The God of the Labyrinth*, lo metió bajo el brazo. Vamos, dijo, A dónde va, Me voy con usted, Debería quedarse aquí, esperando a Lidia, Sí, sé que debería hacerlo, Para consolarla por la muerte del hermano, Nada puedo hacer por ella, Y ese libro, para qué es, Pese al tiempo que tuve, nunca acabé de leerlo, No tendrá tiempo ahora, Tendré todo el tiempo, Se equivoca, la lectura es la primera virtud que se pierde, lo recuerda. Ricardo Reis abrió el libro, vio unas señales incomprensibles, unas rayas negras, una página sucia. Ya me cuesta leer, dijo, pero incluso, así voy a llevármelo. Para qué, Para dejar al mundo aliviado de un enigma”.

Aquí queda claro que Ricardo Reis ha decidido acompañar al poeta Pessoa al cementerio y el libro está donde quiera que esté Ricardo

DOS: “Siento no haber podido conocerlo porque a pesar de todas las diferencias –literarias, ideológicas y políticas– seguramente me entendería muy bien con él.”

Reis. Lo peor de todo es que si llegamos a encontrar el libro no vamos a poder leerlo. Herbert Quain existió pero el libro ya no existe. Creo que es una conclusión lógica. Una lógica distinta pero igual de lógica que la otra.

No me gustaría quedarme simplemente con este ejercicio borgeano. Quiero decir que hay tres escritores que marcaron este siglo: Kafka, Pessoa y Borges. Kafka anunció el mundo de la burocracia absoluta e implacable. Ahora lo sabemos porque ya estamos viviendo en ese mundo. Fernando Pessoa llega para decir que no somos uno sino muchos, no tenemos más remedio que aceptarlo y no hacer de eso un drama.

Siento no haber podido conocer a Borges porque a pesar de todas las diferencias que hay entre nosotros dos –literarias, ideológicas y políticas– seguramente me entendería muy bien con él. Me han preguntado cuál es la imagen que yo tengo de Borges. Yo digo que el hecho de que Borges no pudiera ver me impide a mí tener la imagen de él. En *Ensayo sobre la ceguera* un personaje dice que no tiene derecho de mirar a quien no pueda verlo. Borges tenía la mirada de su propia interioridad que lo llevó a inventarse un mundo, personas y libros. El hecho de no poder ver se compensa con la creación desde *El Aleph* hasta la *Biblioteca*. Pessoa creó personas y Borges, la imagen de las personas. Por lo tanto, Borges se inventó la literatura virtual. Sin saberlo, intuyó que íbamos a vivir en un mundo virtual. De alguna forma, Borges intuyó esa virtualidad en sus textos. Hoy podemos ponernos un casco de realidad virtual y vivir toda la vida sin ninguna relación con la realidad real.

En el siglo XXI todo se va a decidir: si seguimos unidos a la realidad o si quedamos aislados de ella. La sensibilidad de Borges abrió una ventana para el tiempo que vendrá. Podemos comenzar a comprender ya el siglo XXI si seguimos la mirada filosófica de Borges. Se puede crear otra lógica del mundo que no borre la realidad. Del mismo modo que Borges inventó un autor y Ricardo Reis descubrió el libro de ese autor. Es la angustia del libro que podría haber existido, el libro que quiere existir y no existe y la angustia que nace de la urgencia de encontrar el libro donde todos los libros ya están escritos.

No sé si para esto hay una conclusión pero me atrevo a decir que la creación literaria es la mirada más directa y más aguda en un mundo que, al mismo tiempo, la rechaza y la necesita. ♣

* *Este texto es un fragmento de la conferencia que el Premio Nobel de Literatura concretó el viernes en homenaje al escritor argentino. Se reproduce con su autorización y la de la editorial Alfaguara.*



BEATRIZ SARLO "Borges es un anarquista liberal, un relativista cuya producción central se materializó en un escenario político en el cual estaba fuertemente cuestionado el proyecto republicano. Ese relativismo está representado en sus ficciones por un efecto de incertidumbre –una suerte de verdad múltiple– que nunca se cierra".



ANDRÉS RIVERA "Lo que importa en mi historia de narrador, una historia de aprendizajes lentos y tardíos, es que Borges me enseñó a usar con precisión, con economía, tal vez con puntualidad, el idioma de los argentinos. Es una tarea ardua que, a decir verdad, muy pocas veces cumplo en mi escritura, con justicia y sin reparos".



MARÍA KODAMA "Borges siguió trabajando hasta el final y mantuvo la lucidez hasta el último momento de su vida. Siempre tuvo ganas de aprender y de escribir. Cuando llegamos a Ginebra, poco antes de morir, me dijo: 'Mire, María, tenemos que estudiar algo. ¿Por qué no busca un profesor de japonés?'."



l mundo

crimen, sus motivos, se encontrarían tal vez, sólo tal vez, en la articulación de todas estas razones, en su acción recíproca, en efecto de cada conjunto sobre los restantes conjuntos y, sobre todo, en la eventual y más que probable anulación o alteración de efectos por otros efectos, y cómo se había llegado al resultado final, la muerte, y aun así era preciso averiguar qué parte de responsabilidad cabría a la víctima, es decir, si ésta debería o no ser considerada, a efectos morales y legales, como una séptima y tal vez, pero sólo tal vez, definitiva razón. Se sentía reconfortado, la bolsa de agua le calentaba los pies; el cerebro funcionaba sin relación consciente con el exterior; la aridez de la lectura hacía que le pesaran los párpados. Cerró por un segundo los ojos y, cuando los abrió, allí estaba Fernando Pessoa sentado a los pies de la cama, como si estuviera visitando a un enfermo".

Yo tengo la duda, no sé si Borges escribió esto y yo lo copié. Este juego más parece de Borges y yo me siento una especie de infame plagiario. Cabe aclarar que el espíritu de Pessoa no viene con una sábana blanca, no atraviesa las paredes, como cualquier mortal llama a la puerta y, si la abren, entra. Luego del encuentro con Pessoa, "Reis abrió *The God of the Labyrinth*, leyó página y media, se dio cuenta de que hablaban de dos jugadores de ajedrez, pero no llegó a la conclusión de si jugaban o charlaban; las letras se confundían ante sus ojos, dejó el libro. Más tarde retomó la lectura, se sentó en la silla donde había estado Fernando Pessoa, se tapó las piernas con la manta de la cama y empezó a leer comenzando por la primera página. El cuerpo, que fue encontrado por el primer jugador de ajedrez, ocupaba con los brazos abiertos las casillas de los peones del rey y de la reina, y las dos siguientes, en dirección del campo adversario". (Una prueba más de que el libro *El dios del laberinto* existe.) No está en "Examen de la obra de Herbert Quain" de Jorge Luis Borges, pero queda hecha la prueba de que el libro contenía estas palabras. Por lo tanto una prueba irrefutable de la existencia de Herbert Quain y de su libro. Sigo leyendo: "Continuó la lectura, pero, antes incluso de llegar al punto donde había dejado la historia, empezó a sentir sueño. Se acostó, leyó aún dos páginas con esfuerzo, se quedó dormido en un claro del párrafo, cuando el segundo jugador reflexionaba sobre el destino del alfil".

Ahora viene algo que tiene que ver conmigo porque entro en esta historia y aportando una prueba de la existencia real de Ricardo Reis. En busca de una chica de quien se cree enamorado, Reis va a Fátima en tren. En la estación de Mato de Miranda, la estación de mi pueblo, "Ricardo Reis bajó el cristal y vio una vieja descalza vestida de oscuro, abrazaba a un mozuelo flaco de unos trece años y le decía hijito, hijito mío. Estaban a la espera de que el tren se pusiera de nuevo en marcha para cruzar la vía". Este chico de trece años soy yo. Probablemente Ricardo Reis no llevaba el libro en el tren, pero de todas formas hay una relación casi directa y visceral entre Borges, Herbert Quain, Ricardo Reis y yo. Al menos a mis trece años. Es cierto que yo no miré al señor del tren, que estaba mirando por la ventana, pero si él lo dice, yo podría haberlo visto. Además en ese tiempo yo no sabía quién era Ricardo Reis ni Fernando Pessoa, pero ahora lo sé todo, incluso que Herbert Quain existió.

Llega un momento en que Ricardo Reis tiene dudas: no sabe si continuar en Lisboa o volver a Brasil, tomar el "Highland Brigade" en su próximo viaje y restituir el libro a la biblioteca del barco. Pero eso no ocurre y empieza la Guerra Civil Española. Lidia, su sirvienta, tiene un hermano marino que es militante político de izquierda, un comunista para que quede todo dicho. En un momento están Ricardo y ella y Lidia le dice: "Mataron a dos mil en Badajoz". "Para no pensar en los dos mil cadáveres que realmente son muchos, Ricardo Reis fue a su despacho y abrió una vez más *El dios del laberinto*. Iba a leer a partir de la marca que había dejado pero lo que leía no tenía sentido. Volvió al principio y empezó de nuevo el cuento de cómo fue encontrado el primer jugador de ajedrez."

Al final el hermano de Lidia muere y en la novela se puede leer: "Fernando Pessoa está sentado a los pies de la cama; Ricardo Reis, en una silla; Fernando Pessoa tenía las manos sobre las rodillas, los dedos entrelazados, la cabeza baja. Sin moverse dijo, He venido para decirle que no volveremos a vernos, Por qué, Mi tiempo ha terminado, recuerda que le dije que sólo tenía para unos meses. Ricardo Reis se subió el nudo de la corbata, se levantó, se puso la chaqueta. Fue a la mesita de noche a buscar *The God of the Labyrinth*, lo metió bajo el brazo. Vamos, dijo, A dónde va, Me voy con usted, Debería quedarse aquí, esperando a Lidia, Sí, sé que debería hacerlo, Para consolarla por la muerte del hermano, Nada puedo hacer por ella, Y ese libro, para qué es, Pese al tiempo que tuve, nunca acabé de leerlo, No tendrá tiempo ahora, Tendré todo el tiempo, Se equivoca, la lectura es la primera virtud que se pierde, lo recuerda. Ricardo Reis abrió el libro, vio unas señales incomprensibles, unas rayas negras, una página sucia. Ya me cuesta leer, dijo, pero incluso, así voy a llevármelo. Para qué, Para dejar al mundo aliviado de un enigma".

Aquí queda claro que Ricardo Reis ha decidido acompañar al poeta Pessoa al cementerio y el libro está donde quiera que esté Ricardo Reis. Lo peor de todo es que si llegamos a encontrar el libro no vamos a poder leerlo. Herbert Quain existió pero el libro ya no existe. Creo que es una conclusión lógica. Una lógica distinta pero igual de lógica que la otra.

DOS: "Siento no haber podido conocerlo porque a pesar de todas las diferencias –literarias, ideológicas y políticas– seguramente me entendería muy bien con él."

No me gustaría quedarme simplemente con este ejercicio borgeano. Quiero decir que hay tres escritores que marcaron este siglo: Kafka, Pessoa y Borges. Kafka anunció el mundo de la burocracia absoluta e implacable. Ahora lo sabemos porque ya estamos viviendo en ese mundo. Fernando Pessoa llega para decir que no somos uno sino muchos, no tenemos más remedio que aceptarlo y no hacer de eso un drama.

Siento no haber podido conocer a Borges porque a pesar de todas las diferencias que hay entre nosotros dos –literarias, ideológicas y políticas– seguramente me entendería muy bien con él. Me han preguntado cuál es la imagen que yo tengo de Borges. Yo digo que el hecho de que Borges no pudiera ver me impide a mí tener la imagen de él. En *Ensayo sobre la ceguera* un personaje dice que no tiene derecho de mirar a quien no pueda verlo. Borges tenía la mirada de su propia interioridad que lo llevó a inventarse un mundo, personas y libros. El hecho de no poder ver se compensa con la creación desde *El Aleph* hasta la *Biblioteca*. Pessoa creó personas y Borges, la imagen de las personas. Por lo tanto, Borges se inventó la literatura virtual. Sin saberlo, intuyó que íbamos a vivir en un mundo virtual. De alguna forma, Borges intuyó esa virtualidad en sus textos. Hoy podemos ponernos un casco de realidad virtual y vivir toda la vida sin ninguna relación con la realidad real.

En el siglo XXI todo se va a decidir: si seguimos unidos a la realidad o si quedamos aislados de ella. La sensibilidad de Borges abrió una ventana para el tiempo que vendrá. Podemos comenzar a comprender ya el siglo XXI si seguimos la mirada filosófica de Borges. Se puede crear otra lógica del mundo que no borre la realidad. Del mismo modo que Borges inventó un autor y Ricardo Reis descubrió el libro de ese autor. Es la angustia del libro que podría haber existido, el libro que quiere existir y no existe y la angustia que nace de la urgencia de encontrar el libro donde todos los libros ya están escritos.

No sé si para esto hay una conclusión pero me atrevo a decir que la creación literaria es la mirada más directa y más aguda en un mundo que, al mismo tiempo, la rechaza y la necesita. ♣

* *Este texto es un fragmento de la conferencia que el Premio Nobel de Literatura concretó el viernes en homenaje al escritor argentino. Se reproduce con su autorización y la de la editorial Alfaguara.*



ANTHONY BURGESS: "Bebí whisky irlandés con él en el ruidoso bar del hotel Ormonde, donde me dijo, 'qué hermosa es la palabra *mist*' (que en inglés significa neblina). No me atreví a decirle que en alemán esa palabra significa estiércol. De haberlo hecho, él habría conseguido conciliar los dos significados. Era pura magia".



MARIO VARGAS LLOSA: "No fue sólo el más grande escritor de nuestro tiempo, sino también el maestro creador de nuestro tiempo. La deuda es impagable. Gracias a él, la literatura en castellano ganó en universalidad y sobriedad, en profundidad y extensión. Fue además, sin dudas, el mejor frasista de la historia".



SUSAN SONTAG: "Es un caso peculiar en muchos sentidos: un escritor profundamente argentino pero al mismo tiempo muy cosmopolita. Siempre me llamó la atención su fascinación por la cultura inglesa, y al mismo tiempo su conexión profunda con líneas muy específicas de la tradición literaria argentina".

Frente al pelotón

POR ANA MARÍA SHUA

En 1962 el profesor Bazán enseñaba Lengua en el Instituto donde nos preparábamos para el examen de ingreso al Nacional Buenos Aires. Mis compañeros se quejaban de los temas que proponía para lo que entonces se llamaba "composiciones". Recuerdo uno que provocó muchas protestas: *Los caballos de fuego corren hacia el mar*. Para mí eso era fácil. En cambio, títulos como *Las vacaciones* o *El primer día de clase*, me dejaban perpleja. Mis relaciones con la realidad eran difíciles y forzadas. Por eso, para escribir sobre *Un día de playa*, decidí copiar un cuento que había leído: hice que la escena se inmovilizara de pronto, detenida en el tiempo, la sombra de un moscardón clavada sobre la arena. El profesor me concedió una nota altísima, que reservaba para casos extremos. Pensé, riéndome por dentro, que no se había dado cuenta de mi plagio. Ahora creo que sospechó, tal vez con sorpresa, que yo había leído "El milagro secreto", de Borges.

A los 11 años no sabía ni me interesaba quién era Borges. (La pasión por las obras combinada con una sana indiferencia hacia los autores me duró algunos años. *El lazarillo de Tormes* fue uno de mis libros preferidos, sólo por ser anónimo.) En cambio había encontrado, en la biblioteca de mi tía Eugenia, un libro encuadernado en rojo que me deparaba felicidad y pesadillas. Era la *Antología del cuento extraño*, que muchos años después supe compilada por Rodolfo Walsh. Allí estaba Jaromir Hládik, enfrentando inmóvil al pelotón de fusilamiento, detenida en el aire la bala que venía a matarlo, mientras él cumplía con su último deseo: terminar su libro.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento de la literatura argentina, no dejo de preguntarme por qué la lección del maestro fue tan mal comprendida. Por qué se lo imitó tan mal. Cómo y por qué se llegó a la idea de que su genio reside en su complejidad y no en la enorme sencillez de muchos de sus cuentos. Porque Borges fue al mismo tiempo los dos laberintos: el artificioso laberinto de Dédalo (el del hombre), y el simplísimo y fatal laberinto de Dios (que es el desierto). Cómo y por qué cundió la noción absurda de que Borges preconizaba el pudor que vela la emoción, cuando *El Aleph* es el cuento de amor más conmovedor de la literatura argentina. En *El Aleph* es posible ver simultáneamente el universo entero, en toda su magnitud y en cada uno de sus detalles. Pero qué importancia tendría si el narrador no hubiera visto en él, entre todas las cosas del múltiple universo, las cartas apasionadas, casi pornográficas, de la mujer que más amó al más despreciable de los hombres.

Tal vez por eso el más grande de los escritores argentinos después de Borges fue aquel que pudo superar el malentendido y descubrir que la única manera de seguir los pasos del maestro es inventar otro camino: digo Manuel Puig, a quien también habremos de negar los que intentamos ser Judas, cada uno el autor de su propio evangelio.♣



GEORGE STEINER: "En el caso de un verdadero genio como Borges, la inteligencia suprema permite crear no ya ficciones sino fábulas. No tiene el menor sentido reunir a Faulkner, a Thomas Mann o James Joyce con Borges. Borges no es uno de ellos, es otra cosa, es el más grande alegorista del siglo. Es por eso que elige la forma breve".



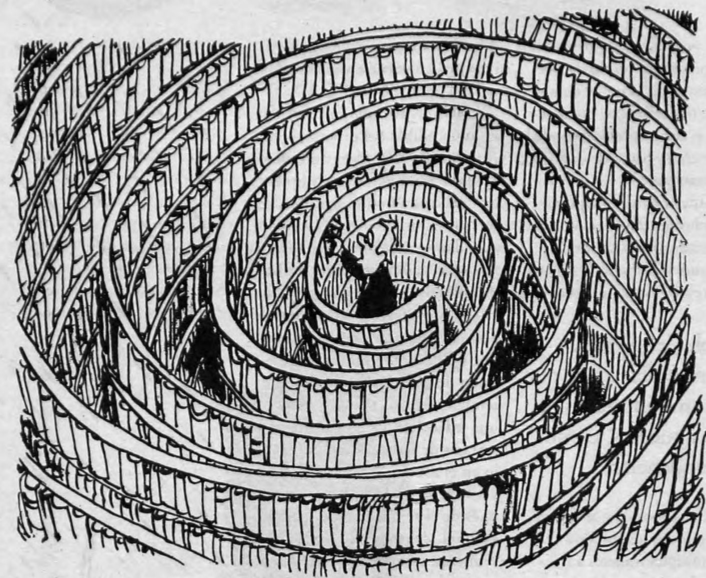
IAN MCEWAN: "Hay algo de liberador en la escritura borgeana: para mí representa el placer puro del juego de la abstracción literaria. El mobiliario mental completo debería haberles cambiado a todos aquellos que se hayan acercado en serio a Borges. E incluso a aquellos que hayan rozado su obra".



JOHN UPDIKE: "Aunque el mensaje oculto de Borges parezca irónico y blasfemo, la textura y el método de su creación, a pesar de ser estrictamente inimitables, satisfacen una profunda necesidad en el arte literario contemporáneo: la necesidad de confesar la realidad del artificio En eso, es único, y probablemente irrepetible.".

La escritura del dios

POR MARIO WAINFELD



El cuento se titula *La escritura del dios*. No es de los más célebres, de los más fatigados por las antologías, pero no creo que sea una imprecisión o una hipérbole calificarlo como perfecto. Lo sintetizo, sabiendo que lo traiciono. Está escrito en primera persona y su protagonista es Tzinacán, un mago "de las tierras que rigió Moctezuma". Fue poderoso pero su pueblo ha sucumbido ante los conquistadores españoles. Ha caído prisionero y fue arrojado a un oscuro foso que comparte, reja de por medio, con un jaguar, al que ve sólo un instante durante el mediodía cuando desde la parte superior le arrojan su comida. Resignado a esa vida, Tzinacán repasa toda la sabiduría de la religión y de pronto recuerda que el dios "previendo que en el fin de los tiempos habría muchas desventuras y ruinas, escribió el primer día de la Creación una sentencia mágica para conjurar esos males. La escribió de manera que llegara a las más apartadas generaciones y que no las tocara el azar". Se consagra a buscar esas palabras que pueden zafarlo de su cautiverio y aun de su condición de mortal. Su primera ordalía es imaginar dónde pueden quedar escritas, de modo de traspasarse de generación en generación. Años le lleva descifrarlo: la frase está inscripta en clave, en las manchas de la piel del jaguar, perpetuada por generaciones de animales.

Entonces se dedica a mirar al jaguar que comparte su calvario, durante el segundo diario que tiene para hacerlo. Sufre para registrar en su memoria los signos de la piel. Sufre aún más para transformar esa criptografía viva en palabras. Pasan años y años hasta que al fin, tras infinitos padeceres, devela el enigma. Traduce de la piel del tigre "una fórmula de catorce palabras casuales, que parecen casuales (...) me bastaría decirla en voz alta para ser todopoderoso". (Borges escribe la expresión con minúscula, si el mago perteneciera a la tradición judeocristiana usaría mayúsculas.) "Podría ser joven, inmortal, el tigre destrozaría a Alvarado (su captor)." Y entonces, no pronuncia la frase. "Yo sé que nunca diré esas palabras porque ya no me acuerdo de Tzinacán." Y agrega "quien ha entrevisto el universo, quien ha entrevisto los ardientes designios del universo no puede pensar en un hombre, en sus triviales dichas o desventuras, aunque ese hombre sea él. Ese hombre *ha sido él* y ahora no le importa". Y se dedica a esperar su muerte.

Me gustaría atreverme a usar el cuento de Borges para proponer una hipótesis atroz o banal (el lector juzgará) sobre un tema que integra, inexorable y fatigosamente, todo repaso de sus textos: la desproporción entre la grandeza de su obra y lo irrisorio, banal de su vida. Borges aprendió de dios todo sobre la escritura y vivió metido en el cuerpo de un hombre mezquino. No fue, como Rodolfo Walsh, Julio Cortázar o Domingo F. Sarmiento un escritor cuya vida estuvo a la altura o por encima de –en todo caso en consonancia con– su obra. Fue un ser desdeñable, calzado en un personaje mínimo, un tilingo ilustrado, poseído por un Edipo descomunal, reaccionario hasta el asco, gorila hasta la parodia. Una versión erudita de las señoras gordas que caricaturizaba Landrú siempre dispuesto a ganar aplausos de una platea exigua y apolillada existencia apelando a lamentables apologías de cuanta dictadura hubo en estos pagos. Para colmo de males ajeno a la vida, la pasión y la muerte.

Y claro, Borges lo dijo: habló de la levedad de su ser muchas veces. Suelen recordarse los versos en que se enrostra "he cometido el peor de los pecados/ no fui feliz". Me parece aún más precisa y cruel la frase del prólogo a *Discusión*: "vida y muerte le han faltado a mi vida". Borges escribió, con referencia a Walt Whitman, "pasar del orbe paradisíaco de sus versos a la insípida crónica de sus días es una transición melancólica". Un escritor son todos los escritores: hablaba de él mismo. También lo hacía cuando definió a Edgar Allan Poe como "un pobre hombre de genio".

No es posible, arriesgo, encontrar coherencia ni ilación entre su vida irrisoria y su obra excelsa... salvo que se fabule que, como el mago Tzinacán, recibió de algún dios toda la sabiduría que hay en la escritura y que conociéndola, se ne fregó de Borges. Que Borges, el elegido del dios para entender y saber usar todas y cada una de las palabras, se desentendió de Borges, ese producto mezquino de la decadente clase dominante argentina, que transitó una insulsa vida municipal, que nunca fue capaz de trasgredir o cuestionar los estrechos límites, el foso oscuro, que le impusieron su clase, su familia, su mamá.♣

El señor de los gatos

POR MARÍA ESTHER VÁZQUEZ

En 1984 apareció mi libro *Borges, sus días y su tiempo*, que reunía dieciséis conversaciones que sostuvimos a lo largo de los años, a partir de 1962 hasta 1984. En algunos casos, sobre todo las más antiguas, se trató de charlas realizadas ante el micrófono de Radio Municipal, en su época de esplendor. Otras fueron diálogos públicos; otras, encuentros más privados donde el tema lo imponían las circunstancias del momento. Cuando el volumen apareció, Borges lo prologó y tuvo la generosidad de decir: "Espero que el lector comparta esa tranquila felicidad de asentir y disentir que ha poblado tantas mañanas. Para mí (...) tiene una irrefutable virtud: la de haberme reconciliado con Borges".

Ahora que el libro se reedita, he revisado los viejos casetes que guardan la voz de Borges, y al oír de nuevo su risa, su respiración, su palabra tranquila tuve, por un momento, la melancólica ilusión de recuperar el tiempo perdido. Fui revisando las muchas grabaciones que he guardado y encontré, no sin sorpresa, charlas todavía inéditas. Una, que corresponde a 1982 y de la cual transcribo algunos fragmentos, se ha incluido en la reedición. Las otras quedarán definitivamente en su lugar del pasado. En la amistad hay también confidencias secretas, espacios cerrados que no deben ser violados.

Borges habla de poesía y de poetas, se refiere a Rubén Darío, recita "El responso a Verlaine" y luego afirma: "... Muchos de los poetas actuales se han librado de la música y (...) muchos son bastante ilegibles. El otro día, una chica muy entusiasta me estuvo leyendo poemas de esta muchacha Pizarnik; en general, no les encuentro sentido y –otro ejemplo– no puedo hablar de Girri porque no lo entiendo. Quiero decir: en el caso de poetas que yo considero malos, sé qué se han propuesto y sé que han fracasado, pero si hablamos de Pizarnik y de Girri no puedo saber si han fracasado porque no sé cuál es su meta, no sé qué se han propuesto. Tampoco son tan activamente feos como lo eran los versos de Herrera y Reising, que buscó ser un Leopoldo Lugones y no le salió (...) En el caso de Alejandra Pizarnik, ¿sería una escritura automática? En Girri parece que no y me dicen que corrige mucho lo que escribe. Yo lo vi una vez y me dio la impresión de ser un hombre inteligente. Cree estar pontificando una teoría intelectual que no sabemos cuál es (...). Vamos a ver, se la llama poesía intelectual, pero intelectualmente es incomprensible (...) Y no es poesía hermética, donde se entiende que hay algo y eso es lo que vale. Por otra parte, las ideas en poesía no son importantes y no son siempre las mismas: todo es transitorio, temporal y si no, lo contrario: hay algo eterno. Da lo mismo una que otra; lo valioso es cómo se diga."

> **CONVICCIÓN:** "El gato puede oírnos y, a lo mejor, si entiende, no le va a gustar. Para mí no es una convención, hasta me parece imposible vivir sin un gato. El se da cuenta cuando me siento solo."

"La vez pasada vino un poeta y me leyó fragmentos de su libro escrito todo en mayúsculas y sin signos de puntuación. Era difícil de seguir (...) Sí, ya sé que los signos son una convención, casi todo en el mundo se basa en convenciones."

Y cuando yo le digo, mirando el gato que está a sus pies que hasta tener un gato en una casa puede ser una convención, Borges no está de acuerdo: "No, caramba, no digas eso que el gato puede oírnos y a lo mejor, si entiende, no le va a gustar. Para mí no es una convención, hasta me parece imposible vivir sin un gato. El se da cuenta cuando me siento solo. Estoy tendido en la cama, de pronto hay un brinco poderoso y el gato está a mi lado, con la cabeza sobre mi hombro; me ampara con su presencia. A veces hasta se queda dormido y eso es una máxima demostración de confianza y de amistad hacia mí. (...) Sí, ya sé, quizá prefiero la compañía humana, pero como no puedo tenerla, me conformo. Mi vida es solitaria. Por lo pronto, la vejez es una forma de soledad y la ceguera es otra forma, pero más enfática..."♣



EVELYN FISHBURN (catedrática británica): "El humor es una de las delicias de leer a Borges. Leerlo sin apreciar el humor es leerlo de una manera muy deficiente. Es algo perennemente abierto, una risa lleva a otra y a otra, es como las alusiones. Cuando se termina de leer algo, uno se da cuenta de que podría haberlo leído de otra forma."



DAVID VIÑAS: "La relación de Borges con el campo intelectual de la izquierda argentina fue históricamente (y es ahora) extremadamente complicada. A esta altura, creo que sus posiciones políticas, tan pero tan conservadoras, resultaron un obstáculo para pensar su literatura."



JOHN KING (catedrático inglés): "Michel Foucault empezó a leer a Borges, y a partir de entonces todo el mundo empezó a preguntarse '¿quién es ese tipo'? De allí en más, empezaron a leerlo. Hay películas francesas de la década del 60 influenciadas por Borges, directores como Resnais... Leerlo se volvió casi una moda."

El imprescindible

POR NOÉ JITRIK

¿Borges? Hasta hace poco esta palabra era un nombre propio, no designaba –porque los sustantivos propios no designan– sino que indicaba a una persona de carne y hueso, con historia y ciertas capacidades, con productos de su talento y marcada por la falta y la tristeza, compensadas, igualmente, por la singular felicidad de una relación inteligente con las cosas. Ahora, se ha convertido en un sustantivo común, que denota bastante y connota muy poco; a raíz de esta extraordinaria conversión, se puede decir, por ejemplo, "Borges al 2100", y todos, hasta los que nunca supieron quién fue el ser que cargó con el nombre propio, entienden de qué se trata; cuando se produzca otra previsible comunización, la de darle nombre a la moneda –llamar borges a los pesos moneda nacional–, como ocurrió con el audaz descubridor del Istmo de Panamá, Balboa, que ahora es una pura mención detrás de la cual está agazapado el dólar, vaya uno a saber lo que va a pasar, acaso lo que pasó con Sarmiento, que promete desde los billetes de cincuenta lo que no da con el *Facundo*.

Este traspaso de campo no afecta, por suerte, todavía, a los escritores: de nadie se dice "es un borges", además de que a nadie le gustaría que le aplicaran esa clase de metáforas: por eso, más afortunada resultó la propia expresión de Borges, "Borges y yo", porque, en una interesante transferencia, podía tener a toda la congregación mundial escribiente en un plano de diálogo, de horizontalidad.

Así, pues, ya casi nada sabemos del propio Borges a fuerza de haber sido informados hasta la extenuación, de haber exprimido la historia de sus revelaciones infantiles así como de los asedios de que fue víctima, como todos los tímidos, por parte de múltiples mujeres a las que, sin embargo, pensaba que no poseía y cuya lejanía/proximidad fue fuente de un dolor activo, capaz de producir vastas ensoñaciones, construcciones en las que se adivina, fatalmente, la marca de la soledad.

> **LUGAR:** Su presencia es inescindible del proceso literario del siglo XX, argentino, y mundial: tiene que ver con casi todo lo que significa, como intuición de instancias literarias, como atención a sucesos, como percepción de riesgos y diseño de tendencias.

Quizá, sin embargo, nos queden cosas por saber, replegadas en lo hondo de una obra vastísima, todavía inconclusa, a juzgar por las exhumaciones permanentes de textos soslayados, inadvertidos o en su momento, cuando Borges no era todavía Borges, menospreciados. En todo caso, y hasta que otras novedades acerca de su obra aparezcan en escena, quitándolo de la cosificación –o contribuyendo de otro modo a ella, quién sabe–, podría decirse, en las pocas líneas de una nota, que hay dos registros indudables que, más que rendirle un póstumo y centenario homenaje, describen lo que puede significar para una conciencia vigilante de fines del siglo XX.

La primera es que su presencia es inescindible del proceso literario del siglo XX, argentino, desde luego, y mundial: tiene que ver con casi todo lo que significa, como intuición de instancias literarias, como atención a sucesos, como percepción de riesgos y diseño de tendencias. La segunda es que "tiene presencia" en todo tipo de acciones literarias, en escritores que no pensaron nunca que habrían de recibir algo de él o que temían su prosa como si fuera una infección. Está presente en la sintaxis de nuestro tiempo, no sólo en el modo de adjetivizar y adverbializar, en la audacia que después de él se puede tener para desafiar el realismo y sus coercitivas retóricas; está presente, en suma, en una lección de libertad que desafía y le gana al lugar común y se atreve a pensarse en literatura sin temer las rupturas ni los prejuicios que han carcomido y aún carcomen gran parte del cuerpo literario de nuestro tiempo.

El nombre propio de Borges, de este modo, sigue latiendo por debajo del sustantivo común borges. Se supone que durante un tiempo lo hará. Todavía el sustantivo común no ha logrado asfixiarlo del todo.♣

Producción periodística de Verónica Abdala y Laura Isola. Los dibujos de Rep son del libro "Borges para principiantes"